

# “Todos llevamos una ciudad dentro”. Espacios perdidos y evocados en el Bilbao finisecular.

Eva Diez Paton. (Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea)

“We all have a city inside ourselves”. Lost and evoked spaces in late nineteenth century Bilbao.

## Abstract

Cities are more than just a set of buildings and streets. Along with stone and cement their inhabitants construct them out of dreams and memories. When Bilbao became a modern industrial city at the end of the nineteenth century, it was redefined in terms of novelty, but also in terms what was forgotten. The attitude to monuments of the past became selective, giving rise to criticism and nostalgia. Amongst others, Antonio Trueba and Miguel de Unamuno evoked an industrial Bilbao populated by absences, spaces as significant as those that had been built up.

## Laburpena

“Guztiok daramagu hiri bat sakonean” XIX mende bukaeran, espazio galduak eta gogoratuak Hiri bat eraikinak eta kaleak baino zerbait gehiago dira. Bertako biztanleak harriak eta ormigoia ametez eta oroimenez betetzen dituzte. XIX mendearen bukaeran hiri industrialala bihurtu zenean hiri modernoaren itxura hartu zuen baina aldi berean ahazturak eragin zituen. Beste mende batzuetako monumentuak bereizi egin zituen eta portaera kontrajarriak sortu zituzten. A. Truebak eta M. Unamunok gizabanakoen Bilbo gogoratu zuten baina hutsunez betea zena. Hutsuneak eraikinak besteko garrantzia zuten. Hitz gakoak: Bilbao, Monumentuak, apurketak, XIX-XX mendeak, A. Trueba, J.E. Delmas.

## Resumen.

Las ciudades son algo más que un conjunto de edificios y calles. Junto a las piedras y el hormigón sus habitantes las construyen de sueños y recuerdos. Cuando Bilbao, a finales del siglo XIX, se convirtió en una ciudad moderna e industrial, se redefinió por medio de lo nuevo, pero también a través de sus olvidos. Su actitud respecto a los monumentos del pasado se tornó selectiva, despertando críticas y nostalgias. Antonio Trueba o Miguel de Unamuno, entre otros, evocaron un Bilbao individual poblado de ausencias, espacios tan significativos como los construidos.

Palabras Clave: Bilbao. Monumentos. Destrucción. Siglos XIX-XX. Antonio de Trueba. Juan E. Delmas.

## Introducción.

El poeta Claudio Rodríguez comenzaba su poema “La ciudad del alma”, dedicado a su ciudad natal, con los siguientes versos: “*Todos llevamos una ciudad dentro,/ ciudad que nos alienta y nos acusa,/ La ciudad del alma*”. Y es que el lugar donde transcurre nuestra vida, el marco de nuestros recuerdos, se une fuertemente al espíritu formando parte de nosotros. Lo que en un principio no es más que un conjunto de edificios y de calles se transforma en un universo personal. La ciudad, además, no se nos representa a todos en los mismos elementos. Bilbao, por ejemplo, parece deber encarnarse en el puente e iglesia de San Antón, escudo de la villa, pero probablemente encontremos otros lugares y arquitecturas más próximos.

Miguel de Unamuno fue, sin duda, una de los pensadores que mejor expresó su vínculo personal con Bilbao. La villa era el mundo de su infancia y juventud, la raíz de su identidad y sensibilidad<sup>1</sup>, lugar de sus primeros sueños, lágrimas, anhelos, etc. Pero sus recuerdos no le transportaban al casco viejo o el puente de San Antón, sino a una construcción más moderna, la Plaza Nueva. Su severa arquitectura le hablaba de tardes de aburrimiento y sirimiri, de perfumes de selva jamás pisada y de amores trémulos<sup>2</sup>.

La ciudad se define por medio de espacios sobre los que construimos otras arquitecturas, surgiendo en cada individuo una imagen propia. Considerando este vínculo entre el yo y la ciudad podemos comprender el impacto que supone cualquier transformación de ésta para sus habitantes. Bilbao sufrió a partir del último tercio del siglo XIX el cambio más importante de su historia. La pequeña villa mercantil se convirtió en una metrópoli industrial que tuvo que adaptarse a los cambios sociales, económicos y urbanísticos que las circunstancias le imponían.

Los habitantes de la villa, que veían desaparecer poco a poco su viejo mundo, el Bilbao mercantil de la ría y el puerto, engullido por el progreso y las fábricas, comenzaron a evocar una villa ideal. Para algunos se encarnaba en el Bilbao señorial y liberal, en la villa de los “abuelos”, la anterior a 1874 y al estallido de la última Guerra Carlista. Otros la hallaban en un Bilbao histórico que traía a la memoria su pasado medieval, el abolengo de sus casas, la firma del fuero nuevo, hospedajes de reyes, etc.

“Sigo conservando gran cariño a un Bilbao ideal construido en gran parte con recuerdos de mi infancia, pero de éste, concreto y real, me siento despegado cada día”<sup>3</sup>.

En ocasiones la memoria individual necesita de un estímulo que haga brotar en nuestro espíritu la imagen de aquello que fue. La arquitectura es un vehículo idóneo, puesto que toda construcción podría definirse como un tesoro de memorias acumuladas<sup>4</sup>. Habla a quien la contempla no sólo de la relación entre el yo y sus recuerdos, si no que lo vincula con la Historia que duerme en ella. Los monumentos históricos se convierten en expresión de aquello que ha existido y no puede volver a existir.

Las ciudades, a lo largo de su historia, van transformando su visión del pasado. Los monumentos histórico-artísticos que resisten a los cambios urbanos, ideológicos y estéticos se convierten en la memoria selectiva de la ciudad, formada asimismo por olvidos<sup>5</sup>. De esta manera, el monumento conservado es tan representativo como el desaparecido.

El Bilbao de finales del siglo XIX se definió en su nueva arquitectura y en la elección del patrimonio a conservar. La villa moderna consideraba que la arquitectura del pasado no poseía la suficiente notabilidad. Pero, ¿puede una ciudad carecer de estas “memorias acumuladas”? ¿Puede una ciudad olvidar el pasado y proyectarse sólo en el futuro? Ante esta situación, un grupo de voces se alzaron para defender la imagen de su Bilbao, el histórico, tradicional o antiguo, para que no se desvaneciera en una mirada exclusivamente “moderna”.

1 FUSI AIZPURUA, Juan Pablo. “Unamuno y el País Vasco”. En: *Paz en la guerra*, Madrid: Alianza Editorial, 1988; pp. 20.

2 Ver: UNAMUNO Y JUGO, Miguel de. “Mi Bochito”. En: *Obras Completas*, tomo VI, Madrid: Biblioteca Castro, Fundación José Antonio Castro, 2004. UNAMUNO Y JUGO, Miguel de. *Poesía completa*, tomo I, Madrid: Alianza Editorial, 1987-1988.

3 Palabras de Miguel de Unamuno recogidas en: FUSI AIZPURUA, Juan Pablo. “Unamuno y el País Vasco”. En: *Paz en la guerra*, Madrid: Alianza Editorial, 1988; pp. 21.

4 DEWEY, John. “La arquitectura como experiencia”. En: PATETTA, Luciano. *Historia de la Arquitectura. Antología crítica*, Madrid: Celeste Ediciones, 1997; pp. 26.

5 MOLINUEVO MARTÍNEZ DE BUJO, José Luis. “El arte, memoria del futuro en las ciudades históricas”. En: *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, núm. 683-684, noviembre-diciembre 2002; pp. 474.

## 1. La ausencia de monumentos histórico-artísticos.

Cuando la Comisión de Monumentos de Vizcaya publicó el primer número de su Boletín trimestral, en el año 1909, quiso dar a conocer al público cuáles eran sus aspiraciones<sup>6</sup>. El encargado del texto fue Carmelo de Echegaray quien recogió las siguientes palabras de Juan E. Delmas:

“Se ha dicho, y es común creencia, que Vizcaya carece de monumentos pertenecientes á las primeras sociedades constituidas, y este dicho, basado en la ignorancia, conviene desvanecer lo más pronto posible. Lo que ha habido en Vizcaya ha sido escasez de hombres aficionados á esta clase de descubrimientos, poco apegados á registrar, á inquirir, á formar colecciones de objetos antiguos, á contener la ruina de los monumentos que poseía”<sup>7</sup>.

La Comisión venía así a cubrir un déficit que parecía envolver toda la historia de Vizcaya: el estudio y conservación de los monumentos histórico-artísticos de la provincia. El texto redactado por Delmas en el año 1867 poseía plena vigencia treinta años después, por lo que la situación poco había variado en el Señorío.

Bilbao siempre parecía presentarse mirando al futuro y descuidando lo pasado. El desarrollo económico marcaba el ritmo de la villa y sus gentes, como es lógico, pero también de la arquitectura heredada. Su patrimonio debió adaptarse a las nuevas necesidades o sucumbir a manos de la piqueta demoledora, en un mal entendido concepto de progreso.

En las descripciones decimonónicas descubrimos cómo esa filiación bilbaína con el progreso se convierte en doctrina y fe. Esta idea la vemos claramente expresada en la obra “Provincias Vascongadas” (1885), del historiador madrileño Antonio Pirala. En sus páginas se describe la zona de El Desierto, en Barakaldo, transformada de silencioso campo poblado de caseríos y convento a tierra de bulliciosas fábricas. La torre de campanas que llamaba al recogimiento de la feligresía ha dado paso a “*elegantes, esbeltas y enhiestadas chimeneas que anuncian los progresos de la industria*”<sup>8</sup>. Las nubes son ahora humo que corona el cielo como reflejo de la inteligencia humana.

El entusiasmo de Pirala hacia el progreso, asumiendo con agrado las transformaciones paisajísticas y sociales que este implica, es la imagen antitética de las ideas defendidas por pensadores ingleses como A.W.N. Pugin, John Ruskin o William Morris.

Frente al “*encantador panorama*” de Bilbao presentado por Pirala, su entusiasmo se convierte en desencanto al hablar de los monumentos de la villa. No encuentra ninguno anterior a su fundación en el año 1300, mientras los de fecha posterior no son ni notables en lo artístico ni en recuerdos históricos. Así y todo, realiza algunas excepciones destacando la iglesia de Santiago y puente viejo de San Antón por hablarse de ellos en documentos antiguos. Y es que en Bilbao, según el autor: “*todo es secundario ante el puerto y su ría*”<sup>9</sup>.

La mayor parte de las descripciones y guías del viajero, realizadas tanto por escritores y eruditos del Señorío como de fuera del mismo, presentan una situación similar. El bilbaíno Pedro Lemonauria justificaba la ausencia de monumentos notables por ser Bilbao una villa moderna<sup>10</sup>. Si consideramos su fecha de fundación, “*la villa moderna*” es aquella que se aparta de lo tradicional y lo pasado en favor de lo que acontece, de su tiempo. Se alababa el impulso innovador de las corporaciones municipales, los grandilocuentes edificios públicos y el reciente ensanche, que fijaban la atención del viajero y se convertían en la perfecta expresión de lo que Bilbao era y pretendía ser.

“No cuenta ciertamente con monumentos arquitectónicos ni con magníficos y extensos paseos, porque sus moradores se dedicaron siempre con preferencia al desarrollo de su comercio marítimo y terrestre; al aprovechamiento de sus ricas minas de hierro; al desenvolvimiento de la industria, y, muy preferentemente, al mejoramiento de la ría y del puerto, en cuyas obras se han invertido cuantiosas sumas”<sup>11</sup>.

6 ECHEGARAY CORTA, Carmelo de. “Nuestras aspiraciones”. En: *Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya*, tomo I, cuaderno I, enero de 1909; pp. 3-9. Redactado en Gernika el 4 de diciembre de 1908.

7 DELMAS, Juan E. *Seminario Católico Vasco Navarro*, Vitoria: 1867; p. 389.

8 PIRALA CRIADO, Antonio. *Provincias Vascongadas*, Barcelona: Establecimiento Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y C<sup>a</sup>, 1885; pp. 571.

9 PIRALA CRIADO, Antonio. *Provincias Vascongadas*, Barcelona: Establecimiento Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y C<sup>a</sup>, 1885; pp. 550, 554 y 558.

10 LEMONAURIA, Pedro. “Bilbao”. En: *Revista de las Provincias Vascongadas*, Bilbao: Imprenta y Librería de Adolfo Depont, 1846; pp. 378.

11 *Una visita a la villa de Bilbao. Guía del viajero*, Bilbao; Tipográfica Vda. de Delmas, 1895; pp. 5-6.

La arquitectura del pasado se quedó en eso, en pasado. Sin embargo, no debemos olvidar que ésta se halla unida por un lazo invisible con la historia. En la segunda mitad del siglo XIX se vivió una ferviente defensa de los usos y costumbres, tradiciones e instituciones de gobierno propias de los vascos, es decir, de los Fueros. La destrucción de un monumento era, a fin de cuentas, la pérdida de un símbolo de la idiosincrasia vasca. Y, como vemos, Bilbao no se hallaba sobrado de éstos. Así, cuando Juan Mañé y Flaquer da cuenta de la próxima demolición del puente viejo de San Antón dice:

“Sería un gran disparate privar tan innecesariamente a Bilbao de uno de los pocos monumentos históricos que la quedan. Si los hijos del país no dan el ejemplo de saber respetar lo que recuerda sus pasadas glorias; si sacrifican a ese espíritu irreflexivamente destructor los recuerdos de su pasado, ¿cómo quieren que los enemigos de sus antiguas instituciones respeten a su vez lo que les molesta más que a los bilbaínos novadores la conservación de este puente heráldico? Deploraría que no sucediera porque quedaría destruida una de las más hermosas y majestuosas vistas de Bilbao”<sup>12</sup>.

Los adjetivos son lo suficientemente expresivos para comprender el carácter de Bilbao: villa moderna y habitantes novadores. ¿Cómo podía vivir la arquitectura del pasado en la naciente metrópoli industrial? ¿Qué papel podían jugar los monumentos históricos cuando Bilbao parecía sólo apreciar lo nuevo? Mañé y Flaquer realiza a los bilbaínos la pregunta más incisiva, ¿cómo pueden defender las antiguas instituciones sino respetan las obras de las generaciones pasadas?

Quizás el problema radicaba en la mirada que los sucesivos consistorios y habitantes de Bilbao habían dirigido hacia su propio patrimonio. Sólo se valoraba éste en relación a la función que debía cumplir y, si ésta había llegado a su fin, en el posible aprovechamiento económico del solar que ocupaba. Por otro lado, el concepto de monumento ha variado a lo largo de la Historia. Si la mirada del viajero o del aficionado pretendía encontrar en Bilbao suntuosas construcciones o hitos arquitectónicos, no los hallaría.

“Porque conviene tener muy presente, apartándose de una opinión muy vulgarizada, que no ha de restringirse la calificación de monumentos, contrayéndola únicamente a las fábricas de fama universal, tales como el maravilloso Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, ó el soberbio claustro románico de la celebrada Abadía de Santo Domingo de Silos, ó las incomparables Catedrales de León y de Burgos”<sup>13</sup>.

La Comisión de Monumentos de Vizcaya fue consciente desde sus inicios de que el concepto de monumento debía ampliarse a todo aquel testimonio de épocas pasadas que por sus características históricas o artísticas mereciera ser conservado. Estudiosos y organismos especializados debían revalorizar el patrimonio bilbaíno mediante una buena difusión de sus trabajos. En este sentido dos figuras parecían ser fundamentales para rescatar del olvido, y de la piqueta demoledora, los recuerdos histórico-artísticos de la villa: Antonio de Trueba y Juan E. Delmas.

## 2. Antonio de Trueba y su Bilbao histórico.

Los escritos de Antonio de Trueba siempre son asociados con una cierta sencillez y candor por su estilo, personajes o temáticas, pero ante nuestros ojos su figura se nos presenta como una de las más complejas. Trueba cuenta con una extensa variedad de trabajos periodísticos, narrativos, históricos, etc., así como una gran labor como cronista y archivero del Señorío de Vizcaya. A pesar de nacer en Montellano, concejo de Galdames, y pasar importantes etapas en Madrid, su vida aparece unida a Bilbao.

Su trabajo le llevó a apreciar la arquitectura del pasado como expresión de una determinada etapa. El monumento se convierte a sus ojos en un documento, un capítulo o página de la historia de la villa. Así, podemos hablar en Trueba de un criterio histórico e incluso cronístico en la valoración del patrimonio.

Desde su nombramiento como cronista en 1862, Trueba llamó la atención de sus convecinos sobre el escaso interés que las instituciones y habitantes mostraban hacia los monumentos histórico-artísticos:

“Las ruinas de la iglesia de San Francisco de Abando, cuyos arcos góticos ricos de cresterías y encajes no han desaparecido aún enteramente, nos señalan como bárbaros a la atención del viajero. En la basílica de Santiago

12 MAÑE Y FLAQUER, Juan. *El oasis. Viaje al país de los fueros*, tomo III, Barcelona: Imprenta de Jaime Repús Roviralt: 1878-1880; pp. 91-92.

13 ECHEGARAY CORTA, Carmelo de. “Nuestras aspiraciones”. En: *Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya*, tomo I, cuaderno I, enero de 1909; p. 6.

existía un púlpito de hierro desde donde predicaron San Vicente Ferrer y San Francisco de Borja, y este púlpito fue vendido hace pocos años por hierro viejo. La hermosa y delicada portada gótica del Ángel en el mismo templo, ha sido embadurnada de cal hace pocos meses”<sup>14</sup>.

La villa contaba, a su juicio, con un único monumento histórico, la Torre de Zubialdea o Echevarría, que iba a ser demolida. Al tratarse de una propiedad particular las instituciones públicas decidieron desentenderse del problema, lamentando Trueba que dicho “recuerdo histórico” se convirtiese en un elemento más de especulación, un simple solar de 15.000 duros<sup>15</sup>.

*“Si este espíritu de destrucción, si esta especie de vandalismo continúa... que arrojen su lira los poetas y su pincel los pintores y su lápiz los arqueólogos. En vez de cantar o pintar o dibujar llorarán sobre un montón de ruinas”*<sup>16</sup>. Y es que tanto Vizcaya como Bilbao no parecían ser conscientes que un país “no vive sólo de pan”, no puede únicamente desarrollarse en lo económico. Proteger el pasado y perpetuar la memoria era fundamental para mantener la riqueza del Señorío e impulsar lo cultural y artístico.

“La destrucción de un monumento de esa naturaleza, es una calamidad pública, y es necesario hacer para evitarla los esfuerzos y sacrificios que se hacen para evitar otras calamidades. El reedificar una ciudad es cuestión de tiempo y dinero, pero el monumento histórico que se destruye es como la vida del hombre ilustre que acaba: no basta el poder humano para reedificarle”<sup>17</sup>.

El escritor fue muy crítico con la actitud que Bilbao tomaba hacia su patrimonio. Incluso cuando realizó crónicas históricas sobre la villa, no perdió ocasión de manifestar el “odio irracional” que parecía sentir su tiempo hacia todo lo pasado, “como si todo lo presente fuera obra exclusiva de nuestro tiempo y nada debiera a nuestros predecesores”<sup>18</sup>. Trató por todos los medios de despertar en el Consistorio y en los habitantes de la villa cierta conciencia patrimonial. Hurgó en la herida que en ésta se estaba produciendo, le gritó a Bilbao que se estaba convirtiendo en un modelo de barbarie, de ignominia y ejemplo de ignorancia hacia su historia. Y aunque fue consciente de que sus palabras caían en saco roto y hasta aceptó con estoicismo el destino del patrimonio, nunca abandonó la tarea que le marcó su conciencia.

La resolución del Ayuntamiento bilbaíno de demoler el puente viejo de San Antón<sup>19</sup> le llevó a reivindicarlo en su sinopsis histórica de la villa<sup>20</sup>, pasando a formar parte de su Bilbao histórico-monumental, junto a la ya desaparecida Torre de Echevarría.

Así, no pudo silenciarse al leer en uno de los periódicos más destacados de la villa que el vecindario de Bilbao la Vieja solicitaba al Consistorio la pronta demolición del puente viejo, al presentar “un aspecto feísimo”<sup>21</sup>. A juicio de Trueba, el puente debía mantenerse en pie por su belleza, “por que hermosura y no fealdad es la fisonomía que los siglos prestan a los monumentos arquitectónicos”<sup>22</sup>. ¿Cómo se podía defender la belleza de una amplia montea, de unos arcos apuntados o de la piedra tostada por el tiempo? ¿Cómo adaptar el gusto estético del siglo XIV a la suntuosidad decimonónica? El Bilbao de fin de siglo parecía valorar únicamente una imagen, la de la obra nueva y acabada, que se impuso al valor artístico, histórico y de antigüedad.

Ante esta situación, Trueba aceptó mejorar el aspecto de la construcción y así contentar al vulgo, quien llamaba feos “a los monumentos ennegrecidos por el tiempo y santificados por los recuerdos históricos”. De nada sirvieron

14 TRUEBA, Antonio de. “La torre de Arte-calle”. En. *Euscalduna*, año IX, núm. 1.367 y 1.368, publicado los días 19 y 20 de mayo de 1866.

15 Para conocer más acerca de la defensa de la conservación de la torre de Zubialdea ver: DIEZ PATON, Eva. “La torre de Echevarría. Entre la epopeya histórica y la destrucción monumental”. En: *Homenaje a Micaela Portilla*, Vitoria: Diputación Foral de Álava, 2007; pp. 389-396.

16 TRUEBA, Antonio de. “La torre de Arte-calle”. En. *Euscalduna*, año IX, núm. 1.367 y 1.368, publicado los días 19 y 20 de mayo de 1866.

17 TRUEBA, Antonio de. “La torre de Arte-calle”. En. *Euscalduna*, año IX, núm. 1.367 y 1.368, publicado los días 19 y 20 de mayo de 1866.

18 TRUEBA, Antonio de. “Bilbao. Sinopsis histórica de esta noble, invicta y benemérita villa desde su fundación hasta el año 1878”. En: *Revista de España*, 1878; pp. 422.

19 En el año 1871 el Consistorio bilbaíno aprobó construir el puente nuevo en San Antón y demolición del antiguo según proyecto de Ernesto de Hoffmeyer. En el mismo se señaló que la desaparición del viejo no se efectuaría hasta la conclusión de las obras del nuevo. Éstas se alargaron en el tiempo debido al estallido de la última Guerra Carlista, inaugurándose en diciembre de 1877. ADF-BFA – Bilbao Sección Segunda 0400/167.

20 TRUEBA, Antonio de. “Bilbao. Sinopsis histórica de esta noble, invicta y benemérita villa desde su fundación hasta el año 1878”. En: *Revista de España*, 1878; pp. 422.

21 *El Noticiero Bilbaíno*, año V, núm. 1809, publicado el domingo, 20 de junio de 1880; pp. 3. Noticia publicada en la “Gacetilla” del periódico.

22 TRUEBA, Antonio de. “El puente de San Antón”. En: *El Noticiero Bilbaíno*, año V, núm. 1.812, publicado el miércoles, 23 de junio de 1880; pp. 2.

sus continuas protestas y las soluciones que propuso para su conservación<sup>23</sup>. El puente viejo de San Antón comenzó a derribarse en junio de 1882<sup>24</sup>.

Los escritos de Trueba de este período también incluyen, por su importancia “*histórico-arqueológica*”, la iglesia del Señor Santiago: “*erigida con anterioridad a la fundación de la villa en 1300 aunque sólo conserve de la fábrica primitiva el primer cuerpo de su torre o campanario*”<sup>25</sup>. Consciente del sentimiento de destrucción del nuevo Bilbao hacia todo lo pasado, advirtió de manera profética del futuro de dicha construcción: “*¿caso se arrasará antes de mucho tiempo en virtud del ejemplo de destrucción que se dio en 1865 y se va a repetir ahora*”<sup>26</sup>, en referencia a la desaparición de la Torre de Zubialdea y del puente viejo.

Según el autor, los elementos arquitectónicos hablaban por sí mismos de su antigüedad, del “*tránsito del arte bizantino al ojival, o sea al siglo duodécimo de nuestra era, antigüedad que no tiene precio donde tanto como en nuestra villa o mejor dicho en nuestra tierra vascongada escasean los monumentos verdaderamente arqueológicos*”<sup>27</sup>.

A pesar de aportar soluciones, como alzar la obra nueva en otro lugar, y de protestar con toda la energía “*con que soy capaz*”, como lo hizo en el pasado, todo fue inútil. La torre iba a ser arrasada hasta los cimientos para erigir una nueva siguiendo el modelo de la proyectada portada, en aras de la unidad de estilo. Y Trueba lo sabía, pero le quedaba el derecho a la queja y hasta maldecir a los destructores, “*también pasara a la posteridad los nombres de los que destruyeron los monumentos históricos arqueológicos de nuestra villa, y de seguro no será entre bendiciones*”<sup>28</sup>.

La desaparición de estos monumentos dejó a Bilbao un espacio vacío y pobló su historia de ausencias. Pero el recuerdo y evocación continua que Trueba les brindó, permitió que el lazo que une pasado, presente y futuro nunca se perdiera.

### 3. Juan E. Delmas.

El escritor e impresor Juan E. Delmas fue una de las personalidades más activas e interesantes del Bilbao decimonónico. Perteneciente a una familia de impresores, colaboró en numerosos periódicos de la villa, como “El Noticiero Bilbaíno” o “El Correo Vascongado”, llegando a fundar “Iruac-bat”, periódico de tendencia liberal<sup>29</sup>. Sus numerosos artículos y publicaciones fueron, y aún son, referencias imprescindibles para todos los estudiosos y aficionados de la historia del Señorío.

Buena parte de su obra se centró en dar a conocer los monumentos y recuerdos históricos de Vizcaya y, especialmente, de la villa de Bilbao. Al igual que Antonio de Trueba, colaboró en diversas revistas madrileñas llevando fuera de nuestras fronteras la imagen de la ciudad.

En el “Semanario Pintoresco Español”, revista de referencia del segundo tercio del siglo XIX, publicó una vista representativa de la villa desde el lugar más pintoresco y simbólico: el puente viejo e iglesia de San Antón<sup>30</sup>. Desde aquí se podía contemplar, aguas abajo, el puente colgante, el convento imperial de San Francisco y, finalmente, la casa de La Naja. Hoy todos estos espacios, salvo la iglesia de San Antón, son espacios perdidos.

23 Antonio de Trueba siempre defendió la restauración del puente viejo y la convivencia de éste con el puente nuevo. La conservación del puente ni perjudicaba, a su juicio, el ornato público ni el servicio sino que lo beneficiaba. Ver: TRUEBA, Antonio de. “El puente de San Antón”. En: *Hoja Literaria de El Noticiero Bilbaíno*, año III, núm. 108, publicado el lunes, 13 de marzo de 1882; pp. 1.

24 *El Noticiero Bilbaíno*, año VIII, núm. 2.506, publicado el jueves, 1 de junio de 1882; pp. 3. Noticia publicada en la Gaceta del periódico.

25 TRUEBA, Antonio de. “El puente de San Antón”. En: *El Noticiero Bilbaíno*, año V, núm. 1.812, publicado el miércoles, 23 de junio de 1880; pp. 2.

26 TRUEBA, Antonio de. “El puente de San Antón”. En: *El Noticiero Bilbaíno*, año V, núm. 1.812, publicado el miércoles, 23 de junio de 1880; pp. 2.

27 TRUEBA, Antonio de. “La última destrucción”. En: *El Noticiero Bilbaíno*, año X, núm. 3.165, publicado el miércoles, 18 de junio de 1884; pp. 1.

28 TRUEBA, Antonio de. “La última destrucción”. En: *El Noticiero Bilbaíno*, año X, núm. 3.165, publicado el miércoles, 18 de junio de 1884; pp. 1.

29 LARRAÑAGA, Luis F. “Juan B. Eustaquio Delmas”. En: *Auñamendi Eusko Entziklopedia*.

30 DELMAS, Juan. E. “Bilbao”. En: *Semanario Pintoresco Español*, núm. 10, 1850; pp. 75-76. Publicado el 10 de marzo de 1850.

Juan E. Delmas asistió a la destrucción, uno por uno, de aquellas históricas construcciones. En primer lugar desapareció el convento imperial de San Francisco y, junto a él, buena parte de los conventos de la villa<sup>31</sup>. Ya en el año 1850 se lamentó de la mutilación del convento imperial al ser convertido en cuartel de infantería, motivando la ruina de su iglesia, sepulcros y torre<sup>32</sup>. Su completa demolición se efectuó en 1858, a pesar de las gestiones para su conservación llevadas a cabo por destacadas personalidades como el arquitecto Lorenzo Francisco de Moñiz<sup>33</sup>.

Buscando perpetuar en la memoria de los bilbaínos la imagen del convento imperial, el impresor le dedicó un estudio en su célebre obra “Cosas de Antaño”<sup>34</sup>. Sus páginas están impregnadas del espíritu que invadió las revistas románticas de comienzos del siglo XIX: “No me olvides”, “El Artista” o “El Renacimiento”, entre otras, recogieron las críticas que Pedro de Madrazo, Manuel Assas, Valentín Carderera o José María Quadrado lanzaron contra la barbarie artística a la que guerras, desamortización y especulación estaban conduciendo.

El patrimonio bilbaíno había sufrido las consecuencias de la Primera Guerra Carlista, “*como si él tuviera la culpa de las acciones que bajo sus bóvedas cometieron los hombres; como si estos venerables monumentos estuvieran sometidos al capricho o a la veleidad de los cerebros enfermos y calenturientos*”<sup>35</sup>. Finalmente, Delmas criticaba la falta de miras del Consistorio al permitir la demolición del convento de San Francisco:

“Acuerdo torpe y mal aconsejado, que además de arrebatar al arte y a la villa un monumento gótico de tanta importancia y buen estilo y de ser despeñado bárbaramente desde sus puntos culminantes, sin respetar siquiera los ricos y labrados materiales en que apuraron su paciencia artífices notables”<sup>36</sup>.

Destino similar corrió el convento de San Agustín, al que el escritor no le dedicó ningún artículo monográfico<sup>37</sup>, pero cuya imagen inmortalizó en una lámina que mostraba su estado de conservación en el año 1850, “*poco antes del derribo. Así al menos perpetuaremos su memoria, ya que del original ni siquiera quedan vestigios!*”<sup>38</sup>.

La casa de la Naja, por su parte, permite comprender el criterio que historiadores, como Delmas o Trueba, seguían a la hora de valorar una construcción del pasado. Se trata de un edificio cuyo interés recae en los hechos ocurridos en su interior. En opinión de Delmas, a pesar de ser una construcción de escaso valor artístico, la casa de Martín Saez de Lanaja destacaba por haber sido el escenario de la redacción del Fuero Nuevo en 1526<sup>39</sup>. La villa debía conservarla por ser una “*de las muy pocas que cuentan tantos años de existencia*”, uniéndose de esta manera el valor de antigüedad al valor histórico que encerraba. A pesar de estos argumentos “*de temer es que no pasen muchos años sin que esta casa desaparezca*”, se lamentaba.

En el discurso de Delmas para la conservación monumental prevalecía el criterio histórico sobre el propio monumento. En la defensa de la torre de Zubialdea se imponían los acontecimientos sucedidos en ella, como la muerte del infante Juan de Aragón a manos del rey Pedro el Cruel o su carácter de hospedaje real, frente a las escasas referencias a características artísticas, las cuales aparecían a modo de notas a pie de página<sup>40</sup>.

31 El escritor no valoró positivamente los conventos de la Esperanza, Santa Mónica, la Encarnación, Santa Clara o la Concepción, describiéndolas como construcciones cómodas y espaciosas pero sin valor artístico. Ver: DELMAS, Juan E. *Guía histórico-descriptiva del viajero en el Señorío de Vizcaya*, Bilbao: Imprenta y Litografía de Juan E. Delmas, 1864; pp. 40.

32 DELMAS, Juan E. “Bilbao”. En: *Semanario Pintoresco Español*, núm. 10, 1850; pp. 76. Publicado el 10 de marzo de 1850.

33 Para completar estos datos ver: DIEZ PATON, Eva. “La reconstrucción y restauración del patrimonio monumental de la Villa de Bilbao tras las guerras carlistas”. En: *La multiculturalidad en las artes y en la arquitectura*, tomo I, Las Palmas: Comité Español de Historia del Arte, Las Palmas, 2006; pp. 627-635.

34 DELMAS, Juan E. “El convento de San Francisco de Bilbao”. En: *Cosas de Antaño. Capítulos Históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 44-106. Firmado en Bilbao, 19 de enero de 1889.

35 DELMAS, Juan E. “El convento de San Francisco de Bilbao”. En: *Cosas de Antaño. Capítulos Históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 101.

36 DELMAS, Juan E. “El convento de San Francisco de Bilbao”. En: *Cosas de Antaño. Capítulos Históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 101.

37 Uno de los artículos más interesantes de la primera mitad del siglo XIX realizado sobre el convento de San Agustín fue, LEMONAURIA, Pedro. “El convento de San Agustín”. En: *Revista Pintoresca de las Provincias Vascongadas*, Bilbao: Imprenta y Librería Adolfo Depont, 1846; pp. 21-28.

38 DELMAS, Juan E. *Guía histórico-descriptiva del viajero en el Señorío de Vizcaya*, Bilbao: Imprenta y Litografía de Juan E. Delmas, 1864; pp. 40.

39 DELMAS, Juan E. “Cosas de antaño. Los fueros de Vizcaya y la casa de Martín Saez de Lanaja”. En: *Revista de Vizcaya*, tomo IX, segundo semestre de 1889; pp. 86-101.

40 DELMAS, Juan E. *Guía histórico-descriptiva del viajero en el Señorío de Vizcaya*, Bilbao: Imprenta y Litografía de Juan E. Delmas, 1864; pp. 34.

Cuando se emprendió la demolición de la torre, ante la imposibilidad de conservar físicamente la construcción, nació en el impresor la necesidad de mantener viva su memoria. De ahí que realizase una detallada descripción de la torre (materiales, elementos arquitectónicos, huecos, etc.), hecho que en los escritos de Antonio de Trueba no encontramos. Así afirmó con orgullo *“ser el primero, y acaso el único, de transmitir a las generaciones venideras una copia fiel y exacta de la más antigua torre que se conservó en Bilbao hasta el año de gracia de 1866”*<sup>41</sup>.

A partir de este artículo nacieron otros en los que Juan E. Delmas y Antonio de Trueba mantuvieron un amistoso debate sobre cuestiones completamente ajenas a la conservación de la torre, que pasó a la sombra frente a la erudición histórica de nuestros protagonistas<sup>42</sup>. Sus primeras réplicas aún incluían algún doliente recuerdo o crítica al espíritu del siglo XIX: destructivo, poco respetuoso con las reliquias del pasado o vandálico con los monumentos artísticos. Finalmente, sus últimos artículos olvidaron la desaparición del monumento<sup>43</sup>.

Las casas-torre poseían un especial atractivo para la poderosa imaginación de Delmas. Su contemplación le provocaba el recuerdo de una época, pero también de un temperamento y un tiempo belicoso y vengativo. Estas construcciones traían a su mente un Bilbao primitivo y amurallado, así que, movido por estas evocaciones quiso transmitir a las generaciones venideras la memoria de aquellos *“desfallecidos gigantes”*. Dedicó buena parte de su obra a su estudio, relatando las desapariciones de que fue testigo, bien por una mala conservación, bien por un aprovechamiento económico<sup>44</sup>.

Las torres eran un vínculo con los siglos pasados y necesarias *“para recordar a las generaciones venideras que ella sola era la guardadora, el archivo, el libro de consulta de estos y de otros muchísimos acontecimientos”*<sup>45</sup>. El monumento era para Delmas un documento histórico en el que poder leer las páginas de nuestra historia. Por lo que ante un Bilbao que se construía en base a llamativas ausencias, el escritor iba reaccionando con mayor pasión e irritación. Ni los eruditos ni los aficionados podían encontrar monumentos históricos que estudiar y *“venerar”*, salvo una restaurada basílica del Señor Santiago.

*“Pedid a la madre historia alguna página, algún rasgo siquiera que os demuestre lo que fue la antigua Bilbao! Rebuscad por todas partes el más leve vestigio de las torres que gallardeaban en su recinto, de sus almenados y espesos muros, de sus postales y portillos, de algo, en fin, que os releve su existencia pasada: todo ha desaparecido: nada ha quedado en pie”*<sup>46</sup>.

La crítica más dura que profirió al Bilbao del siglo XIX fue en contra de la demolición del puente viejo de San Antón. Si recordemos la imagen del Bilbao pintoresco y monumental que el impresor presentó en el *“Semanario Pintoresco Español”*, aquel Bilbao se estaba desvaneciendo.

Hasta este momento hemos asistido a una crítica por la desaparición de monumentos en la que no se mencionaban responsables. Sin embargo, en el caso del puente viejo, Delmas señaló sin vacilar al Ayuntamiento de 1877 como el responsable del decreto<sup>47</sup> que alejaba un poco más a Bilbao de ciudades *“cultas”* en las que lo nuevo convivía

41 DELMAS, Juan E. “La torre de Echevarría”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, año XV, núm. 193, publicado el martes, 28 de agosto de 1866.

42 Nuestros escritores debatieron sobre la existencia de la Plaza vieja en el año 1359, es decir, si el cadáver del infante Don Juan fue arrojado por el rey D. Pedro el Cruel a “la calle” o a “la plaza”. Las réplicas y contra réplicas, les conducen a un enredo histórico sobre cuestiones como la existencia o no de balcones en las torres de los siglos XIII y XIV.

43 DELMAS, Juan E. “La torre de Echevarría”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, 1866, año XV, núm. 193, publicado el martes, 28 de agosto de 1866; TRUEBA, Antonio de. “No estamos conformes”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, 2 de Septiembre de 1866. DELMAS, Juan E. “Réplica al artículo no estamos conformes”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, año XV, núm. 200, 6 de Septiembre de 1866; pp. 3. TRUEBA, Antonio de. “Tampoco estamos conformes”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, año XV, núm. 203, 8 de Septiembre de 1866; pp. 3. DELMAS, Juan E. “No estamos conformes ni lo estaremos”. En: *Irurac-bat: Diario político de Bilbao*, año XV, núm. 205, 12 de Septiembre de 1866; pp. 3. TRUEBA, Antonio de. “Última réplica al Sr. Delmas”. En: *Irurac-Bat: Diario político de Bilbao*, año XV, núm. 207, publicado el 14 de septiembre de 1866.

44 Juan E. Delmas dio cuenta de la desaparición, dentro de los muros de la villa, de las torres de San Miguel o Larrínaga, de Zurbarán y de Zubialdea. DELMAS, Juan E. “Las Torres”. En: *Cosas de Antaño: capítulos históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 32-43.

45 DELMAS, Juan E. “Las Torres”. En: *Cosas de Antaño: capítulos históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 41.

46 DELMAS, Juan E. “Las Torres”. En: *Cosas de Antaño: capítulos históricos*, Imprenta de la Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1896, pp. 41.

47 El alcalde de la villa del año 1877, el ingeniero Pablo de Alzola, dedicó varios artículos en respuesta a la acusación de Delmas. Ambos mantuvieron una fuerte dialéctica sobre la responsabilidad y conveniencia del derribo. Ver: DELMAS, Juan E. “El puente viejo de San Antón”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, 1886; pp. 148-155. ALZOLA, Pablo de. “Una rectificación”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, núm. 6, 1886; pp. 210-214. DELMAS, Juan E. “Rectificación a otra rectificación”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, núm. 7, 1886; pp. 256-258. ALZOLA, Pablo de. “Conclusión”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, núm. 8, 1886; pp. 289-291.



con lo viejo: “los grados de ilustración y riqueza de los pueblos se manifiestan y deben apreciarse por el número y grandiosidad de sus monumentos públicos modernos y por los que han sabido conservar de la antigüedad”<sup>48</sup>.

Para el impresor, el estudioso o aficionado a la historia se hallaba huérfano de construcciones, pues Bilbao había hecho desaparecer todo lo cercano a la época de su fundación, exceptuando las iglesias de Santiago y San Antón. Nada quedaba ya del Bilbao primitivo (portales, torres, puente, etc.), nada característico de aquello que fue; todo sucumbió a la codicia, a la “*porra de la ignorancia*”. En el Bilbao moderno la “*casa vulgar enjabelgada de blanco y cobre*” sustituyó al “*caliente color que el sol y las lluvias de los siglos pintaron la arenisca piedra de Galdácano ó de Gangüren*”<sup>49</sup>.

“¡Inconcebible abandono, repetimos, de que adolece Bilbao desde muy lejanos tiempos, contraviendo a su nombre, a su riqueza, a las grandes facultades de sus hijos, y hasta a la ilustración a que debiera aspirar, sin exponerse por tal falta a las más justas censuras!”<sup>50</sup>.

Esta dura reflexión brindó Delmas, cinco años antes de su muerte, al Bilbao decimonónico. Y con la más triste de las destrucciones, la del puente viejo, el Bilbao moderno concluyó “*el ilustrado siglo XIX*”<sup>51</sup>.

#### 4. El poder evocador de las imágenes: el Bilbao antiguo y el moderno.

La imagen del Bilbao antiguo fue desapareciendo a consecuencia de las demoliciones y los cambios urbanísticos. A las críticas de los historiadores decimonónicos, se sumó, a comienzos del siglo XX, un tímido debate sobre las transformaciones producidas en la fisonomía de la villa.

Las palabras de Juan E. Delmas y Antonio de Trueba parecían no haber sido suficientemente elocuentes para crear una conciencia patrimonial entre los bilbaínos. Frente a la palabra, la imagen fotográfica o pictórica producía un efecto más directo en quien la contemplaba.

En este momento comienzan a reproducirse en las revistas ilustradas vistas antiguas de lugares emblemáticos o monumentos, comparadas con su representación actual. Los lectores tenían la posibilidad así de contraponer pasado y presente y plantearse ciertas cuestiones que se les hacía: “¿Cómo era antes el Bilbao que vemos ahora? ¿Hemos acertado o nos hemos equivocado al modernizar lo que fue?”<sup>52</sup>.

Si bien la fotografía permitía contraponer dos momentos de la historia, la pintura se inclinaba más a la recreación de lo perdido. El pintor bilbaíno Manuel Losada se especializó en la remembranza del pasado, evocando en sus pasteles el Bilbao viejo, la villa romántica de “*viejos rincones poéticos*”<sup>53</sup>. Su pintura se ambientaba en lugares fácilmente reconocibles como la Plaza Nueva, el Arenal, la iglesia del señor Santiago, la Plaza Vieja, etc. pero trasladados al tiempo plácido y alegre de “*nuestros padres*”.

Desde el año 1909 presentó sus pasteles en el Salón Delclaux, destacando la repercusión de la exposición de 1917, que fue un gran éxito de público y de la que todos los periódicos y revistas de la villa dieron cuenta. Los cerca de cuarenta pasteles presentados pertenecían a la serie “Bilbao Viejo” y contaba con obras como “*El Palacio Quintana*”, “*Los Santos Juanes*”, “*Las casas viejas de la Ribera*”, “*La Basílica*” o “*La portada vieja de Santiago*”<sup>54</sup>.

El joven pintor guipuzcoano Dunixi, Dionisio Azcue, alabó la visión que Losada ofrecía del Bilbao antiguo<sup>55</sup>. Gracias al artista el público podía evadirse del Bilbao moderno, de la bronca y la querrela, y evocar la villa antigua, sosegada y en calma, el Bilbao mercantil y tradicional. Los pasteles se convertían en un “*libro viejo de memorias*” en el que redescubrir, a unos ojos excesivamente europeizados, los tesoros y bellezas de la villa, que poco a

48 DELMAS, Juan E. “El puente viejo de San Antón”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, 1886; pp. 148.

49 DELMAS, Juan E. “El puente viejo de San Antón”. En: *Revista de Vizcaya*, año I, tomo I, 1886; pp. 149-150.

50 DELMAS, Juan E. “Cosas de Antaño. El portal de jura”. En: *Euskal-Erria. Revista Bascongada*, tomo XVI, 1887; pp. 326.

51 DELMAS, Juan E. “Las Torres”. En: *Cosas de Antaño: capítulos históricos*, Bilbao: Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896; pp. 43.

52 Junto a vistas antiguas del puente viejo e Iglesia de San Antón, Basílica de Begoña o los diques de Euzalduna, se reproducían fotografías tomadas por Manuel Torcida “Lux”. Si bien ante la alteración de vistas emblemáticas no se realizaban juicios de valor, ante la vista de los diques se alababa la actividad, el trabajo y el engrandecimiento de la villa. “El Bilbao antiguo y el moderno”. En: *Garellano. Revista semanal ilustrada*, año II, núm. 22, 4 de marzo de 1922; “El Bilbao de antes y el de ahora”. En: *Garellano. Revista semanal ilustrada*, año II, núm. 24, 18 de marzo de 1922.

53 ENCINA, Juan de la. *Pintores vascos. Comentarios Suetos (1906-1941)*, Bilbao: Ediciones El Tilo, 1997; pp. 290.

54 “De Arte. Exposición Losada”. En: *La Tarde. Diario Independiente*, año IV, núm. 1.030, publicado el martes, 22 de mayo de 1917; pp. 10.

55 DUNIXI. “La exposición Losada”. En: *Euzkadi*, año V, núm. 1.629, publicado el martes, 29 de mayo de 1917, pp. 1, 3.

poco iban desapareciendo por demoliciones utilitarias o “*restauraciones infames*”. Y es que los monumentos aún guardaban la idiosincrasia bilbaína.

Por todo ello, Dunixi proponía a los lectores de “Euzkadi” realizar un homenaje a Manuel Losada en agradecimiento a la resurrección del Bilbao antiguo, y constituir una Asociación de Amigos del Bilbao viejo, formada por personas con conocimientos en arqueología, historia local, estética y un probado amor a Bilbao. Sus miembros lucharían por la conservación de las bellezas monumentales de la villa y su paisaje, e impedirían “*atentados oficiales y particulares a cualquiera de las obras que todavía subsisten para decoro de nuestra generación y memoria de las que fueron*”.

La propuesta del pintor guipuzcoano tuvo una rápida respuesta de destacadas personalidades de la cultura bilbaína, uniéndose a su iniciativa Diego Mazas<sup>56</sup> y Jesús Sarriá<sup>57</sup>, quien dio además cuenta de la misma en la revista Hermes. Fue, sin embargo, en el periódico “La Tarde” donde encontramos la adhesión más interesante, firmada por Juan Carlos Gortázar<sup>58</sup>. Los pasteles de Losada y la propuesta de Dunixi le permiten reflexionar sobre la actitud de Bilbao hacia el pasado. Desde el Bilbao industrial surge una mirada nostálgica, que no retrógrada, hacia el Bilbao señorial. Y precisamente en esta disposición se hallaría el verdadero progreso: “*el de los pueblos cultos que tiene por lema conciliarlo con la tradición*”.

La modernidad exhibida por Bilbao no había estado exenta de cierta barbarie, “*que ya no vienen, como los antiguos armados de lanza, sino de tiralineas*”. El resultado fue el derribo del puente de San Antón, las torres de Echevarría y Zurbaran, la devastación de la Plaza Nueva o la destrucción completa de los jardincillos del Arenal. Pero si una asociación como la que Dunixi proponía hubiera existido, ese tipo de acciones podrían haberse evitado.

Gracias a la propuesta de Gortázar, el periódico “La Tarde” fue el receptor de las nuevas adhesiones, uniéndose la Asociación de Artistas Vascos<sup>59</sup>, Jesús de Gaztañaga y Fernando de la Quadra Salcedo. Este último, escritor y miembro de la Comisión de Monumentos de Vizcaya, se lamentaba de la pérdida de lo característico de la villa debido la invasión de “*comerciantes*” ajenos a lo tradicional, y la desaparición de monumentos histórico-artísticos. Bilbao apenas contaba con monumentos que mostrar a sus visitantes, de ahí la importancia de la Asociación, que hubiera impedido la demolición del convento imperial de San Francisco y la casa de la Naja.

Jesús de Gaztañaga, por su parte, sumó a la lista de monumentos destruidos “*el Consulado y la Casa de Contratación de la villa y seguida más tarde con el derribo de típicas moradas y obras de gran recuerdo*”<sup>60</sup>. Propuso, asimismo, extender la “reconquista” a todo lo característico de Bilbao: el refranero, los cantos, las costumbres festivas, todo aquello que recordara al Bilbao de sus antepasados.

Se produce, de este modo, un nexo entre patrimonio e idiosincrasia bilbaína que no debe romperse: “*conservar cuanto tenga carácter histórico y artístico en cuestión de monumentos, es perpetuar la personalidad de la raza a través del tiempo*”<sup>61</sup>. Y fue el pintor Manuel Losada quien plasmó estas ideas en sus pasteles, “*un grito hondo y persuasivo y tiene toda la importancia de un renacimiento iniciado en el amor a las Bellas Artes*”.

La conservación monumental era importante pero mucho más aún la “*conservación del espíritu y alta educación del viejo tiempo*”. Aquello que se respiraba en la obra de Losada, el carácter bilbaíno de buena casa, espíritu de convivencia, sociabilidad, elegancia, respecto a las grandes familias, “*veneración a los palacios y torres, afición a la literatura, al teatro*”. Un mundo que se había perdido y que ahora pretendían restaurar.

Y es que los Amigos del Bilbao viejo sentían que el Bilbao típico estaba próximo a desaparecer.

## 5. Conclusión

56 DUNIXI. “La exposición Losada. Sobre la idea del homenaje”. En: *Euzkadi*, año V, núm. 1.630, publicado el jueves, 31 de mayo de 1917; pp. 2.

57 DUNIXI. “El homenaje a Losada y al Bilbao viejo. Adhesión del director de Hermes”. En: *Euzkadi*, año V, núm. 1.631, publicado el viernes, 1 de junio de 1917, pp. 3.

58 ZUBIALDE, Ignacio de. “Adhesión a una iniciativa”. En: *La Tarde: Diario Independiente*, año IV, núm. 1.040, publicado el sábado, 2 de junio de 1917; pp. 1.

59 “Amigos del Bilbao viejo. La Asociación de Artistas Vascos”. En: *La Tarde: Diario Independiente*, año IV, núm. 1.042, publicado el martes, 5 de junio de 1917; pp. 1.

60 GAZTAÑAGA, Jesús de. “Los amigos del Bilbao viejo”. En: *La Tarde: Diario Independiente*, año IV, núm. 1.043, publicado el miércoles, 6 de junio de 1917; pp. 3.

61 QUADRA SALCEDO, Fernando de la. “Amigos del Bilbao viejo”. En: *La Tarde: Diario Independiente*, año IV, núm. 1.041, publicado el lunes, 4 de junio de 1917; pp. 1.

Bilbao, como afirmó Miguel de Unamuno, nunca había destacado por el culto a las “*viejas memorias del pasado, a los recuerdos históricos*”<sup>62</sup>. La villa jamás consideró que poseyera monumentos notables, por lo que la tarea de promoción de la conservación de patrimonial se hacía especialmente difícil.

Ante la idea de una villa carente de monumentos histórico-artísticos, Juan E. Delmas y Antonio de Trueba fueron descubriendo a los bilbaínos la importancia histórica de algunas de sus construcciones. Sin embargo, la excesiva erudición histórica de sus textos hizo que su mensaje tuviera poco calado en los habitantes de la villa.

La Asociación de Amigos del Bilbao Viejo, heredera de la memoria que Delmas y Trueba añadió a la cuestión ciertos elementos que hasta ahora habían pasado inadvertidos para la generación anterior: el valor paisajístico y el patrimonio inmaterial. Se criticó la pérdida de la imagen de un espacio, como los jardines de la Plaza Nueva y el Arenal, a la vez que se alertaba del peligro que corrían las tradiciones vascas por la presencia foránea, atraída hacia la villa por las posibilidades laborales que ofrecía el desarrollo industrial.

Losada y sus pasteles fueron el estímulo necesario para el desarrollo de este sentimiento: la imagen de un Bilbao mercantil, alegre y tradicional, el anterior a la última Guerra Carlista, donde los monumentos formaban parte de la escenografía de la ensoñación de Losada.

A pesar de las críticas Bilbao siguió siendo fiel a sí misma, a su idea de modernidad. La labor de pensadores, historiadores o escritores de los siglos XIX-XX nada pueden hacer para conservar el patrimonio heredado. La pérdida de monumentos unidos a la historia y alma bilbaína no conllevó ninguna reflexión posterior o debate social de suficiente calado.

Quizás ni siquiera en nuestros días hemos meditado suficientemente sobre aquella destrucción monumental. El Bilbao finisecular se plagó de olvidos y ausencias. Hoy deberíamos recordar aquello que aconteció, puesto que al igual que en el pasado, la memoria acumulada de nuestra arquitectura industrial y de la propia arquitectura decimonónica está corriendo la misma suerte que los conventos, torres y puentes en el siglo XIX. Parece que, como diría Unamuno, en la historia de Bilbao el cuento ha variado, pero su sustancia es siempre la misma.

---

62 UNAMUNO Y JUGO, Miguel de. “La casa-torre de los Zurbarán”. En: *Obras Completas*, tomo VI, Madrid: Biblioteca Castro, Fundación José Antonio Castro, 2004; pp. 155.